COMO EL PEZ EN EL AGUA,

ESCENAS DE LA VIDA INTIMA,

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS

POR

DON JOSÉ MARIA GARCIA.

LIBRERIA
DE
RUFINO ESTÉB
calle del Ca
NERAL DE ADMINISTRACION.
calle del Clavel, 11, 2.º
1864.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION

PERSONAGES.	ACTORES.
JOSE.	SR. MARIO.
BEATRIZ.	SRA. FERNANDEZ.

La escena en Madrid y en nuestros dias.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS
N.º de la procedencia

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares, y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada.—Chimenea á la derecha. Puertas al fondo y á los costados. Ventana ó balcon en segundo término derecha.—Secreter, sillería, sofá, &c. —Al lado de la chimenea fuelles, tenazas y demas utensilios.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ.

(Aparece escribiendo.—Un momento despues de alzado el telon se levanta y se dirige al público.)

Esta calma me mata! me mata! Y de todo tiene la culpa Homobono... Hace cuatro meses le dije: «Sabes que me proponen un matrimonio con una muchacha jóven, bonita, honrada y que lleva seis mil duros de dote?»—Sí?—me respondió;—pues cásate inmediatamente.—Sigo su consejo y me caso. Mi mujer no es fea, todo lo contrario; pero no tiene alma, ni arranque, ni voluntad, ni pasiones. Es

725230

sencillota, insípida... Ah! si las cosas se pudieran hacer dos veces! Digo si algunas se pudieran deshacer una vez tan siquiera!.. Pero nada: estoy condenado á cadena perpétua! *(Breve pausa.)* El afan de poseer conduce muchos hombres á la cárcel, á presidio, al cadalso... hasta á la Vicaría! Si señores: la mayor parte de los que van á la Vicaría se casan por tener algo propio. Mire usted qué ganga!. La muger propia viene á ser lo mismo que la casa propia y el carruage propio: no sirven más que para ocasionar á sus dueños gastos y disgustos. El que no es propietario no tiene que pensar en contribuciones, reparos ni siniestros... y sobre todo puede variar! No le vá bien en un barrio, se muda á otro; por la mañana se mete en una berlina, por la tarde en un tilburí, por la noche en una carretela, y si el carruaje tiene mal movimiento, otro en su lugar; hoy le hace el amor á una rubia, mañana á una morena, hasta que encuentra su acomodo. Y no le irá mal, de seguro: las queridas se desviven por tener sugetos á sus amantes!.. Oh! las queridas! Ahí está mi amigo Juan!.. qué fortuna la suya!.. Una muger deliciosa que se llama Balbina; poética, sentimental... La conoció en una barca de la ria de los Campos Eliseos! Pues y Dolores, la de Rafael?.. Esa sí que es un tipo! Coqueta... caprichosa... tirando por todas partes el dinero... con unos trages de capricho que le arrastran media vara, y unos sombreros como solo se ven en el *bois de Boulogne*. Siempre con su cinta azul alrededor de la cabeza, y el pelo sobre la espalda. Aquello es lo que se llama tener... *chic*. Y dónde dejamos á Adela? Cómo quiere á Gustavo! y qué celosa es!.. El otro dia entraron los dos en el café de las Cuatro Calles y fijó la atencion de Gustavo una rubia alta que estaba tomando una copa de ron y marrasquino; lo

advierte Adela, y sin decir «allá vá eso,» tira á la cara de la rubia su vaso de café; en un abrir y cerrar de ojos se arañan, se muerden... luego los desmayos, los ataques de nervios... Qué escena tan magnífica! Los gritos se oian desde la puerta del Sol. Hortensia, la de Homobono, es morena, romántica, apasionada, novelesca. Se ha querido matar lo menos diez veces; y á no ser por mi amigo... Seguro está que mi muger intente quitarse la vida!.. Esta calma me desespera. (*Tomando un cuaderno del secreter.*) Hé aquí mis memorias, el depósito de mis lamentaciones. Por lo que toca á lances y aventuras, ni esto!.. Se acabó: no quiero escribir más! Mi vida es un lago como el estanque del Retiro, sin oleage, sin alteracion ninguna. Dentro de poco entrará mi mujer muy limpia, muy bien peinada, eso sí, y me dirá: «Buenos dias, mi querido Pepe!.. Cómo te encuentras hoy?.. Quieres almorzar, Pepe mio?»—Esta es mi existencia hace cuatro meses. Qué infierno!!! Ella viene. (*Recoge los papeles en el secreter, que cierra guardando la llave. Beatriz entra por la izquierda.*)

ESCENA II.

BEATRIZ.—JOSÉ.

BEATRIZ. Buenos dias, mi querido Pepe.

JOSÉ. (No lo decia yo?)

BEATRIZ. Cómo te encuentras hoy? Quieres almorzar, Pep mio?

JOSÉ. (La oracion de todas las mañanas: no le falta una letra!)

BEATRIZ. Hoy te va á servir el desayuno tu mujercita.

JOSÉ. Pues y la criada?

BEATRIZ. Me pidió permiso para ir á Alcalá á ver á su tia.

JOSÉ. Alcalá! una poblacion donde hay cuatro regi-

mientos de caballería! La tia será probablemente algun cabo de gastadores.

BEATRIZ. No sé.

JOSÉ. Por qué la has dado permiso?

BEATRIZ. Temes que no te sirva yo tan bien como ella? Pierde cuidado: Francisca lo ha dejado todo prevenido antes de marcharse; y ya ves qué buen fuego tiene la chimenea.

JOSÉ. Sí... sí...

BEATRIZ. Te daré una rueda de merluza, dos chuletas de ternera, un poquito de queso de bola, una manzana, media botella de Valdepeñas, y tu café. Creo que estará contento mi Pepito. Voy á traer el velador. *(Sale por la derecha.)*

JOSÉ. Esta es mi vida hace cuatro meses. Como, bebo, duermo, nada me duele... Qué desesperacion!

BEATRIZ. *(Sacando una mesa pequeña ya servida, la cual coloca junto al secreter.)* Aquí está ya todo.

JOSÉ. *(Acercándose.)* Qué chuletas son estas?

BEATRIZ. No me has dicho que te gustan poco asadas?

JOSÉ. Pero no tan poco. Quieres que me alimente con carne cruda, como los leones de Mr. Bernabó?

BEATRIZ. Vamos, no te incomodes. Las pondré en la parrilla mientras te vistes.

JOSÉ. Es verdad! Tengo que vestirme. (Qué vida!)

BEATRIZ. No te apures, que no llegarás tarde á la oficina.

JOSÉ. La oficina!... Eso es lo que menos me importa. Ya no se firma al entrar.

BEATRIZ. Me alegro!

JOSÉ. Vamos á vestirnos.

BEATRIZ. Eso es: anda, hijo mio, que cuando vuelvas todo lo encontrarás á tu gusto.

JOSÉ. (A mi gusto!) (*Yéndose por la izquierda.*) Esta es mi existencia hace cuatro meses!

ESCENA III.

BEATRIZ.

(Mira al soslayo cuando sale José; en seguida saca de un bolsillo otra llave, abre vivamente el secreter, y toma el libro de memorias de su marido.)

Veamos si este bribon ha añadido algo. «Balbina.. Dolores.. Ade..» Todo esto es antiguo... Aquí hay tinta fresca. «Reniego de Homobono! El tiene la culpa de mi enlace con Beatriz. Mi muger no es fea, al contrario; pero no tiene alma, ni arranque, ni pasiones, ni caprichos siquiera. Es sencillota, insípida...»—Insípida, eh?..—«Mi vida es un lago como el estanque del Retiro, sin oleaje, sin movimiento alguno. Me aburro, me desespero...» Y yo amaba á ese tunante!!! (*Coloca el manuscrito en el secreter, y cierra guardándose la llave.*) Ah conque necesitas mujeres sentimentales, apasionadas, románticas, celosas... Pues las tendrás, Sardanápalo. Dices que las chuletas están algo crudas, las quieres mas doraditas?... espera, yo te las daré bien asadas. *(Las pone en la chimenea.)* Deseas oleaje en el lago de tu vida?... Yo soplaré y tendremos borrascas deshechas. Prevente, hijo mio: mis uñas están afiladas. *(Se sienta en el sofá.)*

ESCENA IV.

BEATRIZ, *sentada junto á la chimenea.*—JOSÉ *entra vestido de calle.*

JOSÉ. (La camisa estaba preparada hasta con los gemelos; la corbata, todo... No falta ni un boton. Comprendo el suicidio!) Calla! á qué huele aquí? Dame las chuletas. (*Se sienta junto á la mesa.*)

BEATRIZ. *Se levanta y coje las chuletas con las tenazas de la chimenea.*) Aquí las tienes, amor mio.

JOSÉ. Qué es esto?

BEATRIZ. Que las he dorado un poquito más.

JOSÉ. Dorado! Si las has convertido en carbon!

BEATRIZ. (*Va tomando un tono poético, teniendo hasta su tiempo cogidas las tenazas.*) Qué quieres? La existencia es una lucha... El cielo azul, la vida hermosa... Los pájaros cantan pii... pii... pii...

JOSÉ. (Qué dices?)

BEATRIZ. Las flores, los perfumes... Pepe, crees tú en la inmortalidad del alma?

JOSÉ. (Si se habrá vuelto loca?) Mira, deja las tenazas.

BEATRIZ. El Paraiso... no ser más que un vapor ténue, imperceptible, vagar por el espacio, dar vueltas como las golondrinas... fru... fru... fru....

JOSÉ. (Estará soñando?)

BEATRIZ. No tener que pensar en la compra, ni en tomar la cuenta á la lavandera, no comer, no dormir... vagar, dar vueltas... fru... fru... Cantad, ángeles del cielo, cantad! (*Echa las chuletas en la mesa, quedándose con las tenazas en la mano.*)

JOSÉ. (Será sonámbula?)

BEATRIZ. Pepe, cómo se llaman esos pájaros que tienen las alas verdes y el cuello amarillo?

JOSÉ. Los gorriones?

BEATRIZ. Silencio! No oyes cómo gorgean? Pero no, tú no puedes oirlos, tú no eres poeta!... Uno de ellos voló! Mírale... se posa sobre la torre del santuario!...

JOSÉ. Será una lechuza.

BEATRIZ. Ven acá, Pepe mio.

JOSÉ. Qué quieres? (*Llevándose á la boca un poco de pan.*)

BEATRIZ. (*Sentándose en el sofá, detrás del cual coloca las tenazas.*) Siéntate aquí á mi lado...

JOSÉ. Ya lo estoy. (*Se sienta junto á ella.*) (Esto no es natural.)

BEATRIZ. Así estás bien. Ahora deja que mi cabeza repose sobre tu pecho y cuente los latidos de tu corazon. ¿Te acuerdas, amigo mio, te acuerdas de los ocho dias que pasamos en San Sebastian?

JOSÉ. Sí.

BEATRIZ. De nuestros deliciosos paseos por la mar?

JOSÉ. Vaya si me acuerdo. Pero á qué viene esa pregunta?

BEATRIZ. La mar!... Abismo tenebroso, insondable!... Qué espectáculo tan sublime! A este lado el sol acostándose envuelto en un manto de púrpura y oro... más allá una multitud de velas, blancas como las gaviotas, que se alejan y desaparecen!... (*Agitando su pañuelo.*) Dónde irán los pobres marinos? (*Cantando.*) «Al ver en la inmensa llanura del mar...» (*Cambiando de tono.*) Dime, si yo me muriese, te volverias á casar?

JOSÉ. Eso no se pregunta!... (Vaya una conversacion estrambótica!)

BEATRIZ. Qué miserable cosa es la vida!

JOSÉ. Ciertamente...

BEATRIZ. Cuánto sufro, Dios mio!

JOSÉ. Estás mala?

BEATRIZ. No conoces en mi semblante que debo tener alguna lesion?

JOSÉ. Cómo? dónde?

BEATRIZ. Aquí, en el pecho... Hum! hum! mira, mira cómo toso! (*Se sienta en un sillon junto á la mesa.*)

JOSÉ. (*Sentándose junto á ella y tomándola el pulso.*) Es verdad! Llamaremos al médico.

BEATRIZ. Y para qué? ya no hay remedio para mí.
Truèquese en risa mi dolor profundo,
que haya un cadaver más, qué importa al mundo?
Pero, tranquilízate: todo lo dejo arreglado. Aquí tienes mi libro de cuentas. Léelo. (*Lo saca del bolsillo y se lo dá.*)

JOSÉ. Déjate de cuentas! Ya sé yo que eres una muger muy arreglada. Demasiado arreglada!

BEATRIZ. No importa. Lee, yo lo quiero... yo te lo suplico.

JOSÉ. Bien está: me enteraré. (Aquí es donde tiene la lesion.) (*Tocándose la frente.*)

BEATRIZ. Lee.

JOSÉ. «Dia 5. Un conejo, una gallina, un caballo...» Cómo un caballo?

BEATRIZ. Inglés, Pepe, mio; inglés: una compra excelente!

JOSÉ. «Látigo, silla, arneses...» Tambien silla y arneses?

BEATRIZ. Claro está. No querrás que monte en pelo como las amazonas del Circo del Principe Alfonso.

JOSÉ. Lo que yo no quiero es que usted monte de ninguna manera. (*Tirando el libro.*)

BEATRIZ. Tirano, déspota!.. Pretendes acibarar mis ultimos instantes! No lo conseguirás. Moriré; pero disfrutando el ruido de las fiestas, la embriaguez del wals y de la música, el brillante resplandor de las luces, nuevos vestidos, adornos, diamantes... Espera... espera...

JOSÉ. (Está loca, no hay duda.) Dónde vás? Qué es eso?

BEATRIZ. (*Sacando de una cómoda los objetos que nombra.*) Un chapeau! (*Se lo pone.*) Mi látigo. Los polvos de arroz, la tohalla de Venus...

JOSÉ. Tambien se pinta!

BEATRIZ. Mi amazona. Me la voy á poner. (*Se la pone.*)

JOSÉ. (Pues señor, me ha caido la loteria!)

BEATRIZ. (Ahora el número 2; la caprichosa y elegante.)

JOSÉ. Mira, Beatriz, es preciso que hablemos, que hablemos formalmente. Oyeme.

BEATRIZ. (*Se coloca el sombrero de medio lado, y chasquea el látigo con coquetería.*) Déjeme usted en paz. Estas modistas lo hacen todo á su capricho, y si yo no tuviese un gusto tan delicado!.. Oh! estoy segura de figurar en primer término, de llamar la atencion donde quiera que me presente.

JOSÉ. (Esta no es mi muger... no puede serlo!.. Alguien me la ha cambiado!)

BEATRIZ. Pepe, esto no puede seguir así.

JOSÉ. Ya lo sé!

BEATRIZ. Necesitamos un cocinero y un par de carruages. Qué persona de buen tono deja de tener á su mesa todos los dias tres ó cuatro amigos de confianza? Quién puede pasear en la Castellana como no vaya en coche? Nadie! Algunas tardes bajaremos á caballo.

JOSÉ. (Pues, señor, la cosa marcha!)

BEATRIZ. Te advierto que deseo tener un abono en el teatro Real, y que no vuelvo á pasar otro verano en Madrid.

JOSÉ. Descuida: los pasarás en Leganés.

BEATRIZ. Caballero! Piensa usted que estoy loca?

JOSÉ. De remate.

BEATRIZ. Pepito, no me saques de mis casillas!.. (*Blandiendo el látigo.*)

JOSÉ. (*Quitándole el látigo.*) Basta!

BEATRIZ. No basta!

JOSÉ. (*Señalando al sombrero con el látigo.*) (Quítese usted ese sombrero inmediatamente!

BEATRIZ. (*Dando un grito.*) Ah! Dios mio! Ha tenido usted el atrevimiento de levantar la mano á su esposa!

JOSÉ. Yo?...

BEATRIZ. Porque estoy sola!.. por que no tengo quien me defienda!

JOSÈ. Pero, muger, si yò no...

BEATRIZ. Bien dice mamá!

JOSÉ. Tu madre no puede decir otra cosa sino que debes respetar á tu marido...

BEATRIZ. No señor!

JOSÉ. Y obedecerle á ciegas...

BEATRIZ. No señor!

JOSÈ. Ser muger de tu casa...

BEATRIZ. No señor, no señor!

JOSÉ. Pues bien, si no lo dice tu madre, lo digo yo, y te lo repetiré mientras vivas. Se acabaron las contemplaciones. Ahora mismo voy á quemar ese trage de amazona.

BEATRIZ. Tú?

JOSÉ. Yo?

BEATRIZ. Lo veremos!

JOSÉ. Dónde tiene usted su caballo?

BEATRIZ. A pupilo en la calle del Infante.

JOSÉ. Mañana lo saco del colegio y lo vendo á la empresa de la plaza de toros.

BEATRIZ. Te guardarias muy bien de hacerlo!

JOSÈ. Yo no puedo sufragar ese gasto.

BEATRIZ. Conque no puedes?... No estás empleado y tienes una casa en Madrid?

JOSÉ. No señora: la tengo en Chamberí, más allá de la iglesia.

BEATRIZ. Es lo mismo. Chamberí está dentro del ensanche.

JOSÈ. Esté donde quiera, yo no me puedo ensanchar como Madrid. Mis rentas no son suficientes para satisfacer tus locuras.

BEATRIZ. (Ahora la celosa.) Hola! Conque quieres escatimar á tu esposa el dinero? Es claro, te hará falta para obsequiar á otras personas!

JOSÉ. Qué personas?

BEATRIZ. Pepe, tú tienes una querida!

JOSÉ. No es verdad.

BEATRIZ. Qué infamia! Ya me lo daba á mí el corazon!

JOSÉ. No digas disparates, mujer. (*Sentándose junto á la mesa.*)

BEATRIZ. Anoche has salido á las ocho y has vuelto á las doce. Qué has hecho en esas cuatro horas?

JOSÉ. Yo? Ir al café...

BEATRIZ. El café! Esa es la tapadera de todos los malos maridos. Dicen á sus mujeres: voy al café, y van á sus trapisondas!

JOSÉ. Repito que fuí al café... al café de los Dos amigos: Homobono estuvo conmigo y jugamos unas copas al dominó á dos mil tantos...

BEATRIZ. A ver el dinero que llevas en el chaleco. (*Mirándole á los ojos fijamente.*)

JOSÉ. (*Sacándole.*) Mira...

BEATRIZ. Tú tenias veintiseis reales; aquí hay diez y nueve y cinco cuartos. Qué has hecho de los seis reales y tres cuartos que faltan?

JOSÉ. Yo?

BEATRIZ. Habla... habla... si tienes la conciencia tranquila.

JOSÉ. Cuatro reales de las dos copas que perdí...

BEATRIZ. Conque es usted jugador? Conque pierde usted? Y qué mas?

JOSÉ. Cuatro cuartos de propina al mozo...

BEATRIZ. Cuatro cuartos! Ni que fuera usted un duque! Es decir que no tienes reparo en dar cuatro cuartos á un mozo de café, y le niegas á tu mujer un caballo? Adelante. Qué mas ha gastado usted?

JOSÉ. Dos cuartos en *La Correspondencia.*

BEATRIZ. Sí, ya sé: mi regalo de todas las noches. Faltan catorce cuartos. Qué has hecho de ellos?

JOSÉ. No me acuerdo...

BEATRIZ. Conque no te acuerdas?... Niega ahora que mantienes una querida!

JOSÉ. Pero Beatriz... Aunque se mantuviera solo con alpiste!..

BEATRIZ. Infame! Y yo entre tanto hecha una esclava!... Dime, es muy guapa esa muger?

JOSÉ. Estás insufrible!

BEATRIZ. Tienes razon! Yo no debo quejarme!... Es la historia de todos los maridos. Conquistan nuestro inesperto corazon con cuatro paseos por la acera de enfrente y algunos billetitos escritos en tonto...

JOSÉ. Gracias!

BEATRIZ. Despues, hacen el sacrificio de firmar nuestra carta de dote; y á los tres meses de casados corren en busca de otras mugeres, las regalan trajes sin cuento, perlas y diamantes, magníficos trenes, suntuosos palacios, casas de recreo... mientras que á nosotras, las fieles guardadoras de su honor, nos traen por la noche *La Correspondencia de España*!... Pepe ¿qué has hecho de los catorce cuartos?

JOSÉ. (*Tomando el sombrero.*) Señora, esto es intolerable. Adios.

BEATRIZ. No vayas á la casa de esa Julieta y te perdono.

JOSÉ. Pero si yo no conozco á ninguna Julieta.

BEATRIZ. No vuelvas á verla y todo lo olvido! Mírame á tus pies. Devuélvele sus cartas. (*Registrándole.*) Dónde las tienes?

JOSÉ. Beatriz, yo te doy mi palabra de caballero... (Reniego de las mujeres celosas.)

BEATRIZ. Ji, ji, ji! (*Sentándose junto al secreter y llorando.*)

JOSÉ. (*Sentándose al otro extremo y volviendo la espalda á Beatriz.*) Ya vino el diluvio.

BEATRIZ. Jí! jí!... Quién... me... hubiera di... cho... cuando... me casé...

JOSÉ. Es verdad... si nos lo hubieran dicho, no habria llegado este caso. Pero como su mamá de usted me aseguró que su hija era un ángel de bondad...

BEATRIZ. Caballero, está usted insultando á mi madre! Es usted un villano!

JOSÉ. (*Sentándose en el sofá.*) Ea, ya partió el tren.

BEATRIZ. (*Acercándose.*) Te fastidias á mi lado, verdad?

JOSÉ. No hija; me estoy divirtiendo soberanamente!

BEATRIZ. Quisieras estar en los brazos de tu Julieta?

JOSÉ. Sí, sí, y si...

BEATRIZ. Y lo confiesas! Ah! no se lograrán tus deseos! (*Coje las tenazas de la chimenea y amenaza con ellas á José. Este levanta la cabeza, y al ver la actitud de Beatriz, dice pasando á la derecha:*)

JOSÉ. Beatriz! mujer! no vayas á hacer una barbaridad!

BEATRIZ. Cobarde! tienes miedo á la muerte?... Pues bien, vive para mi rival: yo saldré de esta casa para siempre. Me vuelvo con mi familia.

JOSÉ. Haz lo que gustes.

BEATRIZ. Me echas?

JOSÉ. No... Quédate si quieres.

BEATRIZ. Que me quede! Para que todo lo tenga arregladito... Mira, mira cómo lo arreglo. (*Rompe los platos y tira los muebles.*)

JOSÉ. Beatriz!

BEATRIZ. Ahora voy á componerte las camisas. (*Saca de la cómoda las camisas y las tira.*)

JOSÉ. Señora!

BEATRIZ. (*Con voz muy fuerte.*) Me ahogo!... Ah! es usted una hiena! Ve usted que me consume la tísis—sí señor, la tísis,—y se goza usted en atormentarme!...

JOSÉ. Pero si no soy yo el que te atormenta.

BEATRIZ. No sé lo que siento! .. Los nervios... vinagre!... vinagre! (*Da gritos inarticulados, y haciendo muchas contorsiones, cae sobre el canapé.*)

JOSÉ. Ahora se pone mala!... (*Ayudándola á sentarse.*) Cálmate!

BEATRIZ. Dónde vive la Julieta? Dímelo; quiero matarla!... Me muero! vinagre!

JOSÉ. Aquí tienes las vinajeras. (*Se arrodilla, y con una de las vinajeras que ha tomado la hace respirar vinagre.*) Aspira, mujer, aspira...

BEATRIZ. Dónde estoy? Qué he dicho? Creo haberte acusado!..

(*Con voz lúgubre.*) Sí, sí! Dios mio! Tengo yo, por ventura, derecho... para acusarle?

JOSÉ. Vamos, tranquílizate.

BEATRIZ. No... no... Sé que me has engañado!

JOSÉ. Otra vez!..

BEATRIZ. No te arrepientas de haberme confesado tu falta!..

JOSÉ. Pero si yo no he confesado tal cosa.

BEATRIZ. Me has engañado! Es justicia de Dios! Ya estoy castigada.

JOSÉ. Castigada! (*Levantándose.*) De qué?

BEATRIZ. No me lo preguntes. Mi pasado me pertenece. El tuyo te pertenece á tí... A cada uno nos pertenece nuestro pasado.

JOSÉ. No, señora. Usted me pertenece con todos sus tiempos de pasado, presente y futuro.

BEATRIZ. Calla! Eres libre... serás vengado. Todo se acabó... Vé á la casa de tu Julieta... Déjame... necesito morir... amo á otro...

JOSÉ. Tú!!!

BEATRIZ. Mátame... mátame!.. (*Doblando la cabeza.*)

JOSÉ. A otro!

BEATRIZ. Le amaba antes de nuestro casamiento!..

JOSÉ. Y por qué no me lo confesó usted entonces?

BEATRIZ. Porque no me acordé. Cuando una se casa tiene tantas cosas en que pensar!..

JOSÉ. Su nombre!

BEATRIZ. (*Se levanta y dice con orgullo.*) Alvaro!

JOSÉ. (*Con voz terrible y amenazadora.*) Alvaro!

BEATRIZ. Mátame, (*Arrodillándose á sus piés.*) haz de mí lo que quieras: yo no puedo dejar de quererle! Razona acaso la pasion?

JOSÉ. Señora, haga usted el favor de explicarme...

BEATRIZ. Cómo le he amado? Lo sé yo por ventura? Acababan de vestirme de largo, vino á casa, le ví y le amé; ya lo sabe usted todo. (*Sacudiendo sus cabellos y pasando á la izquierda.*)

JOSÉ. Y despues?..

BEATRIZ. Qué te importa lo demás?

JOSÉ. Señora!..

BEATRIZ. (*Pasando á la derecha.*) Qué me importan á mí las preocupaciones del mundo? la tirania de un padre, la cólera de un esposo? Qué me importa el universo entero? Le amo! (*Pasa á la izquierda.*)

JOSÉ. Su profesion, señora; su profesion!

BEATRIZ. Jugador de billar.

JOSÉ. Un vago!

BEATRIZ. Que puede darle á usted noventa carambolas para ciento.

JOSÉ. Dónde vive ese hombre?

BEATRIZ. Marchó á América en busca de mejor fortuna, y yo, ingrata, me he casado con otro!.. Quizá en este mismo instante, perdido en los bosques, abrasado por la sed y por los rayos del sol, espira al pié de una palmera ó bajo las uñas de un chacal!

JOSÉ. Poco me importa la manera, con tal de que espire.

BEATRIZ. Me llama... mi puesto está á su lado... yo quiero partir... pero necesito oro... Ah! mis diamantes... (*Coge una caja de la cómoda.*)

JOSÉ. (*Corriendo hácia ella.*) Poco á poco, señora; esas alhajas se las he regalado yo á usted.

BEATRIZ. Qué importa? razona acaso la pasion? Ya soy libre... tengo oro... (*Se dirige á la puerta del fondo.*)

JOSÉ. (*Cogiéndola del brazo y rechazándola bruscamente.*) No saldrá usted de casa.

BEATRIZ. Quiere usted aprisionarme?.. Pues bien: me envenenaré y escribiré á los jueces que ha sido usted mi asesino.

JOSÉ. Yo!!! (*Se queda inmóvil con la boca abierta y los brazos estendidos.*)

BEATRIZ. Razona la pasion? Ya soy libre... tengo oro... oro.. (*Se va por la izquierda con la caja en la mano y sacudiendo los cabellos.*)

ESCENA V.

JOSE.

Ay! Esto es horroroso!.. Si la detengo, se envenena y me ahorcan; si la dejo ir, mañana dirán los periódicos: «Ayer se fugó con un amante la esposa de cierto empleado que vive en el número 8 del Callejon del Perro. Sentimos no poder revelar su nombre á nuestros lectores...» Ya... no revelarán mi nombre; pero todo el mundo me señalará con el dedo!.. Y qué hacer?.. No me queda otro recurso que encerrar á mi esposa, aunque se envenene y me ahorquen, ó envenenarme yo para que la ahorquen á ella. Bonito recurso!.. Bien empleado me está! Vivia feliz y tranquilo, como el pez en el agua de una pecera, y he renegado de mi suerte.

ESCENA VI.

JOSE.—BEATRIZ, *vestida como en la primera escena.*

BEATRIZ. Buenos dias, mi querido Pepe. Cómo te encuentras hoy? Quieres almorzar, Pepe mio?

JOSÉ. Eh!

BEATRIZ. Soy una loca! Ya me olvidaba de que Francisca está en Alcalá!.. Pero no importa: almorzaremos en la fonda. Qué te parece mi proyecto?

JOSÉ. En la fonda!

BEATRIZ. No tienes dinero? Sácalo de tu secreter. No encuentras la llave? te prestaré la mia.

JOSÉ. La tuya?

BEATRIZ. He mandado hacer otra igual. (*Abre el secreter y saca el libro de memorias.*)

JOSÉ. (Mi libro de memorias!)

BEATRIZ. Si no quieres que almorcemos en la fonda... cor-

riente: yo no tengo más gusto que el tuyo, carezco de voluntad propia, soy sencillota, insípida...

JOSÉ. (*Comprendiendo.*) (Ah!)

BEATRIZ. No soy sentimental como Balbina, ni caprichosa como Dolores...

JOSÉ. (Todo lo sabe!)

BEATRIZ. Ni celosa como Adela, ni como Hortensia romántica y apasionada; pero si es tu gusto lo seré con el tiempo. Con un poco de trabajo y buena voluntad...

JOSÉ. No por Dios! Sigue siendo como hasta aquí.

BEATRIZ. No echarás de menos en adelante?..

JOSÉ. Oh! Nunca! (*Abrazándola.*) Yo estaba loco!

BEATRIZ. Envidia lo que no tiene
aun aquel que tiene más,
y nadie sabe jamás
lo que mejor le conviene...

JOSÉ. De ese riesgo me previene
tu leccion, Beatriz amada.
Nada anhelo.

BEATRIZ. Nada?

JOSÉ. Nada.

BEATRIZ. Vamos, que sí.

JOSÉ. No lo creas.

BEATRIZ. Hombre, yo sé que deseas...
escuchar una palmada.

FIN.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.—Madrid 30 de Octubre de 1864.—El censor de Teatros.—Narciso S. Serra.

Lista

Tintero, plumas, papeles.
2 llaves de secretér
Una comoda y en ella
un sombrero de amazona
Un látigo de idem
Un jozero
Camisas de hombre y demas prendas de vestir.
Monedas ——
Un pequeño velador servido para una persona
Dos chuletas pan
Una vinagrera
Un cuaderno grande
Otro pequeño
Varias cajitas y pomos de tocador de Sra.
Unas tenazas.